DISCURSO

LEIDO

EN LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA

EN EL ACTO

DE LA APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO

DE 1876 Á 1877.

DISCURSO

LEIDO

EN LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA

EN EL ACTO

EN LA APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO DE 1876 Á 1877

POR

D. MANUEL DE BEDMAR Y ARANDA,

RECTOR Y CATEDRÁTICO

DE LA FACULTAD DE DERECHO.

SEVILLA.
Imprenta y Librería Española y Extrangera,
de D. Rafael Tarascó y Lassa, Sierpes 73.
1876.

Ilustrísimo Señor:

Desde la antigüedad más remota se inauguraron los estudios en las Universidades con magestuosa solemnidad, y esta tradicion se convirtió luego en precepto legislativo. El discurso inaugural, ordenado explícitamente por las leyes, ha estado á cargo de las diferentes Facultades que turnaban en el cumplimiento de este deber académico, y correspondiendo en el año actual á la de Derecho, á que me honro de pertenecer, no he querido declinar el honor, por más que temiese, que mis gastadas fuerzas no me habian de permitir hacerlo dignamente. Notable fué siempre el concurso á estos actos por la asistencia de los sábios y renombrados Doctores de la ciencia, en cada una de sus manifestaciones; concurrian tambien los Próceres más elevados y multitud de escolares ávidos de gustar las delicias de la verdad y satisfacer sus inteligencias, cimentando su porvenir en las diversas carreras del Estado. Pero nos ani-

maba la esperanza de que ahora, como nunca, fuese mas notable y distinguido. Cundía la fausta nueva de que se dignase de honrarnos una señora augusta, protectora de las ciencias y de las letras y consideraba un deber hasta de cortesía enumerar sus beneficios y consignar un testimonio de gratitud. No he de abandonar mi propósito aun cuando tan halagüeña esperanza no se haya realizado; que digna es la exelsa madre de nuestro augusto Rey, cuyo gloriosísimo reinado se calificará por la historia venidera como uno de los más dichosos que registra la pasada entre los muchos envidiables, de ser saludada con entusiasmo y gratitud, donde aun resuena la alegría que su deseada visita produjo. Bien venida sea á esta invicta y famosa ciudad, que lleva en su escudo el emblema de la lealtad de sus afortunados habitantes. Bien venida sea la que enjugó tantas lágrimas, la que elevó la Nacion española hasta intervenir con las mayores potencias de Europa en los destinos del mundo civilizado, aquella á cuyo nombre y con cuya invocacion nuestros ejércitos recogieron nuevos é inmarcesibles lauros en las playas del Africa, lidiando con sus naturales enemigos, la que rehizo nuestra Marina, sacándola de la postracion en que yacía despues de la honrosa derrota de Trafalgar, la que organizó las rentas y la administracion, en todos cuyos ramos dictó sábias medidas garantiendo, como en los Tribunales, la aplicacion de la justicia. Bien venida sea en fin, la que, dando al Comercio libre impulso y restituyendo á la propiedad individual sus fueros, abrió anchos cáuces para la privada y pública riqueza, y la que, ofreciendo á los estudios la prudente li-

bertad, multiplicó las escuelas, creó nuevas profesiones, afirmó el prestigio de los maestros, ordenó su independencia, estimuló sus merecimientos y se atrajo el amoroso respeto de sus numerosos súbditos, distinguiéndose en este natural sentimiento, aquellos á quienes el estudio ha engrandecido los horizontes de su privilegiada inteligencia; aquellos á quienes es permitido conservar la serenidad de su juicio entre los gritos de apasionada muchedumbre y entre el incesante clamoreo, que durará mientras la humanidad dure, de los descontentos ó desgraciados por no haber conseguido el reprobado término de sus insensatas aspiraciones. Venturosos los que asistimos á tal solemnidad, y podemos dar testimonio público de nuestra lealtad, de nuestro amor y de nuestra veneracion.

Desde la cesion de este edificio á nuestra antigua Universidad se realizan tales actos en este hermoso recinto, que tantas bellezas ofrece, ostentando las grandes creaciones de Roelas, Pacheco, Cano, Varela, Castillo, Valdés y otros célebres pintores de la renombrada Escuela Sevillana. Engrandecióse su caudal artístico con los célebres sepulcros de los Perafanes de Rivera y de otros personajes no ménos ilustres, y con el Cristo del renombrado Martinez Montañés, prodigios del arte debidos al buril de mano hábil que, obediente á una divina inspiracion, pudo en sus obras mostrar la grandeza y elevacion del génio, como inmortalizar el nombre de aquellos artistas que tanta gloria han dado á nuestra pátria con los monumentos que nos dejaron y admiramos absortos. La exornacion de los primeros no puede contemplarse sin entusiasmo, ni

ménos la sublime expresion del segundo, en cuyo rostro se marcan con pasmosa exactitud las angustias del verdadero Dios, que tomó sobre sí todas nuestras culpas para redimirlas con su sangre preciosa é inocente.

Tales y tan dulces impresiones, que señalo como ejemplo, no entibian sino engrandecen las que recoje el ánimo al contemplar los guardados restos de ilustres y célebres sábios, como Arias, Montano y Ceballos, y de afortunados caudillos como el Marqués de Tarifa y Alonso de Arcos, que traen á la memoria sus altos hechos, su pujanza, sus ideas caballerosas y su intervencion providencial en los elevados destinos de esta Nacion magnánima.

Ni tampoco esos afectos, que se apoderan del ánimo de todo buen patricio, al penetrar en este suntuoso Templo, son parte á borrar ni aun á debilitar las impresiones tiernísimas que nos cáusa la consideracion piadosa de que bajo nuestras plantas yacen sepultados algunos varones insignes, no ha mucho nuestros maestros, que en la adolescencia nos guiaron los pasos, ilustraron la razon y fortificaron la santa fé; que en la edad madura nos ayudaron con sus consejos y que fueron timbre glorioso de nuestra amada Universidad. Lista y Reinoso, hermanos en la amistad, rivales en el saber, fieles depositarios é incansables propagadores del buen gusto literario y de los adelantos de la Escuela Sevillana, Seoane, orador elocuentísimo, Magistrado integérrimo, Rector severo; Álava, laborioso escrutador de todos los originales, infatigable en pró del brillo de su Facultal, maestro generoso, gefe ordenador; Fernandez-Espino, sábio humanista, propaga-

dor del buen gusto y de la más sana doctrina. Muchos de ellos han sido arrebatados á nuestro amor, tan recientemente, que aun viven sus maestros y sus compañeros; algunos fallecieron tambien, cuyas cenizas reposan léjos de nosotros, pero no resisto el hacer mencion especial del fácil y numeroso orador, afectuosísimo compañero, sábio y bien reputado Jurisconsulto, de ejemplares costumbres, de probidad intachable, de apacible trato, de constante memoria para cuantos le conocieron, cuya muerte lamentan la Escuela y Foro atribulados; pero entre todas las recientes pérdidas es ciertamente la que más ha de fijar nuestra atencion la de D. Antonio Martin Villa, que consagró á la ciencia y á esta Universidad sus afectos, su clarisimo entendimiento, su pasmosa memoria, su saber profundo, su vida entera. Escritor de correccion envidiable, para todos tuvo palabras de consuelo y de enseñanza, y asceta de la ciencia, vivió solo por ella y para ella. Aun no había acabado de prestar un servicio literario que la Universidad le encomendó, cuando la implacable muerte le arrebató á nuestro cariño, á nuestra solicitud y á nuestro agradecimiento. Bajo estas bóvedas reposan por singular y merecida excepcion, desde que pasó á mejor vida, quien supo abstraerse al trato social, que tanto lo solicitaba, y reducir las espansiones de su privilegiado espíritu á su virtuosa y honrada familia y á esta Universidad; porque sus amistades, esos afectos cuyas impresicnes forman el tejido de nuestra existencia, tuvieron en él su orígen, su desarrollo y su fin, siempre con relacion á esta Madre comun.

Ameno en su trato, afable en su comunicacion, enérgico

en su virtud, modesto y desconfiado de sí propio, sencillo, candoroso, afectuosísimo, se complacía en ver en los demás condiciones superiores que solian ser meramente reflejos de las luces que prodigaba.

No era uno de esos sábios que solo se distinguen en la profesion que han escojido ni en la Facultad, á que con preferencia se han dedicado. Sobresalía como Jurisconsulto; pero si la Jurisprudencia con razon sobrada se definió ciencia de lo justo y de lo injusto y noticia de todas las cosas, no parece sino que tuvo intencion y vivísimos deseos de penetrar en todas, de distinguirse en todas y de adelantarlas lo posible en relacion con su injenio, y con los medios que estuvieron á su alcance. Su amor á la verdad no se debilitó: su insaciable sed de aprender no se extinguió jamás: correspondía por todas sus envidiables condiciones á esos hombres ilustres que pasaron y difícilmente volverán á aparecer, y separados por completo del bullicio del mundo y del estrépito y luchas de las humanas pasiones, leian y meditaban y escribian, legando á sus coetáneos y á la posteridad los admirables frutos de una vida consagrada sin intermision al fatigoso estudio y al galardon de la sabiduría. Aislado vivió, cuanto le fué posible; y si no escribió mucho, porque las necesidades materiales de su familia, aunque modestísimas, pesaban sobre él, trasmitió sus conocimientos en su comunicacion fácil y constante con todos y unió de tal manera sus envidiables dotes á sus cargos sucesivos en esta Universidad, que no es posible hacer la historia de ella en los últimos tiempos, sin tejer la suya propia. Dió siempre altos ejemplos á los Gefes, á los Maestros, y á

los Escolares, procurando ansioso secundar al Gobierno y á todos en los patrióticos propósitos de ensanchar los horizontes de la investigacion, allegando medios, con que la experiencia pudiese confirmar las teorías.

Porque hemos de confesar, que así los Profesores, como la juventud estudiosa, cuentan hoy con elementos que jamás esperaron poseer los que cuarenta años há regian esta Universidad insigne. Un Director de estudios, renombrado literato y poeta insigne, presenta retrato acabado é idéntico por lo parecido, del estado de las Universidades en los primeros años del reinado de la Segunda Isabel, describiéndolo con tanta extension que me impide transcribir sus palabras: lo mismo en el órden material que en el personal «el cuadro que á principios de 1845 presentaban las Universidades españolas era el más lastimoso.» Alguna escepcion merecía nuestra Escuela, y así se demuestra en el informe que dió al Gobierno y que redactó nuestro Martin Villa. Debíamos esta singularidad á la circunstancia feliz de haber sido Asistente de Sevilla D. Pablo Olavide, «á quien hicie«ron célebre sus profundos conocimientos en la Adminis«tracion pública, en la hacienda y en las ciencias y letras, «y sus no merecidas desgracias.» A su iniciativa se debió hacer más notorio los buenos principios de organizacion de la enseñanza, y algo era por entonces conocer los males y pensar en el remedio. No enlaza con mi propósito referir las bases del plan de Olavide; pero sí observar que hubieron de hacerse públicas sus razones, señalando el daño é indicando los medios de estinguirlo. Desde entonces, «puede decirse que principió este cuerpo la nueva carrera

«de gloria y de independencia del Colegio de Santa María «de Jesús.» «El grano depositado en una tierra feracísima «debió dar abundante y rica mies...»

«Se oian con desagrado las coplas y poesías extravagan- «tes, los malos sermones, las arengas y defensas escritas «sin arte, sin doctrina y sin estilo, y hasta la nobleza de «Andalucía, descuidada en las letras, despues de los tiem- «pos de los Cuevas, Arguijos, Alcázares y Jáureguis, reco- «bró su lustre en los Ulloas, Espinosas, Maestres y otros «caballeros, cuya memoria se recuerda siempre con reco- «nocimiento.» De entonces data la reforma práctica en todos los estudios, realizada por Profesores distinguidos, conservándose una tradicion favorable, en cuya observancia y perpetuidad intervino poderosamente D. Antonio Martin Villa. Habíase sostenido esta escepcion hasta la gloriosa guerra de la Independencia, la cual hubo de impedir la aplicacion del plan de estudios de 1807. Conocidas son las vicisitudes del Reinado de D. Fernando VII. La lucha política, en que no es posible prescindir de la literaria y científica, fué encarnizada, y se sostuvo hasta la muerte del Monarca, que dejó por postrimería la guerra civil asoladora, terminada felizmente en 1839. Por eso, ni fueron completos ni con éxito feliz coronados los esfuerzos de los primeros gobiernos que aconsejaron á Doña Isabel II. Y merced al estado dichosamente escepcional de nuestra Escuela, el plan de 1824 no causó en ella los profundos males que en otras. Los extraordinarios esfuerzos del inolvidable Rector Maestre, su entonces rarísima tolerancia, su distinguida educacion literaria y su amor á la Universidad

dieron por inesperado fruto la formacion de un Profesorado tan digno, que la parte teórica de la enseñanza se difundía con esmero y se recibía con notable aprovechamiento. Los partidos políticos apenas penetraban en este recinto, y si hubo algun aciago ejemplo de despiadada intolerancia, no cundió el mal, y en Filosofía y en Medicina, y en Teología y en Cánones y en Derecho, la enseñanza se daba debatiendo las doctrinas más acreditadas que las ciencias habian ido conquistando. El sábio humanista y profundo matemático, el maestro entre los maestros, había fijado por fin su residencia, obteniendo Cátedra en esta Universidad, donde además de dar provechosas lecciones en la ciencia de los cálculos, enseñaba y escribía por hábito y por afecto, en los demás ramos del saber, fijando las reglas del buen gusto en la juventud, que más por gloria que por interés aspiraba á distinguirse en el Magisterio. Los Profesores de entonces, á quiénes alcanzamos, los Doctores que intervenian, segun aquel plan, en la enseñanza, los Rectores, todos, en fin, los influyentes en la aplicacion de aquellas reglas, habian conservado en general el giro iniciado por Olavide; y la tolerancia y la discusion triunfaban ordinariamente del exclusivismo.

Era notable que pudiéramos citar entre los Catedráticos á la vez que nombres de insignificante memoria, maestros de merecida reputacion en todas las Facultades, de suerte que, cuando en 1845 se publicó el plan de estudios, que fijó de una vez el órden científico y económico de las Escuelas, fuese en la nuestra Decano de Medicina D. José Benjumeda, de Teología D. Manuel Lopez Cepero y de Fi-

losofía D. Alberto Lista, cuyos nombres bastan á persuadir de que si en la parte material nuestro estado era lastimoso, en la parte científica nuestro profesorado merecía un lugar de honrosa distincion. A todo esto había contribuido poderosísimamente el inolvidable Martin Villa, con sus sábias lecciones, con su acertado consejo y accion constante en pró de la sana doctrina. Merced á él y á otros que le habian precedido, se conservaron las tradiciones de la Escuela, que, lo digo con orgullo, continuan imperando.

Porque es fácil congeturar que no bastan los gabinetes ni los libros, si el Profesor y los alumnos no se convencen del objeto y fin de su asistencia á la enseñanza.

Y aun por eso, al inaugurarse los estudios, he creido lo más ordenado presentar los merecimientos de Martin Villa, y ofrecer al concurso una leve reseña de los deberes con que cumplen los Profesores y los que los alumnos han de recordar para conseguir el fin apetecido.

Con mano generosa acude la Nacion á la enseñanza en cada facultad. El Profesorado, en la medida de la escaséz de las rentas públicas, sabe que la recompensa pecuniaria no puede entrar por nada en su vocacion. Aun al llegar al término de la carrera, el producto de su trabajo no satisface las necesidades de una escasa y modesta familia. La gloria, la honra, y más que todo el placer purísimo de haber cumplido las propias inclinaciones, son su verdadero premio, demostrado por el aprecio público, por la gratitud de los alumnos y por el convencimiento profundo de haber contribuido á la educacion de sus inteligencias.

Establécese entre el Profesor y discípulos un lazo afec-

tuoso, continuacion del nacido bajo la familiar autoridad, y á este lazo sirve de orígen la arraigada conviccion de que solo, ó principalmente por el bien de los alumnos se afana y trabaja y gasta su vida el Profesor, entre el cual y ellos se produce una cariñosa intimidad que forma las delicias del maestro, y suele durar toda la vida.

No es infrecuente el sacrificio del amor propio en áras del adelantamiento de los discípulos.

La razon humana ni individual ni colectiva nace perfecta.

«*Flor la vimos primero hermosa y pura,*
«*Luego materia acerba y desabrida*
«*Y perfecta despues dulce y madura.*»

Y ese hecho es de tanta mayor trascendencia, cuanto las corrientes del mundo actual, la debilidad en las creencias, la relajacion de los lazos de la paterna autoridad, al lisonjear la soberbia humana, hacen mas necesario conocer el estado de inteligencia de los alumnos y acomodar á él las explicaciones, demostrando á cada paso, singularmente en las ciencias, que carecen de experimentales pruebas, la falibilidad de la razon y el combate que de contínuo ha de reñir con su propia ignorancia y con las preocupaciones diversas que en todos tiempos se reproducen, y que lo mismo engañan cuando triunfa el principio de autoridad, que cuando vence el de la individual razon: porque entre los dos viene agitándose el mundo en sucesivas reacciones y hasta ahora no se ha pronunciado la última palabra, síntesis de estas ideas regeneradoras.

No es obra esclusiva de la ilustracion el adelanto en la

ciencia: influye tambien en todas las condiciones del hombre, cuyo progreso es su ley; y de aquí la necesidad urgente y estrechísima, con justicia tan recomendada, de dar ejemplo personal de probidad y aun de virtud. La influencia del Catedrático en sus alumnos, se enuncia por la ley: en los tiempos en que la autoridad todo lo abarca y domina, ella basta para que aparezca un órden exterior, que de seguro no es verdadero; y las condiciones de los alumnos y la impetuosidad de sus sensaciones y su propia juventud les llevan á reducir sus demostraciones de respeto á mera fórmula, y á no venerar más que la virtud y la sabiduría. Debe el Profesor, pues, no solo ser aventajado é instruido en la ciencia que explica, sino dechado de moralidad, sin mancha alguna, ni aun de esas que en el trato comun de las gentes pudieran tolerarse.

Y no solo en los hechos, sino en las doctrinas y todo linaje de ideas, deben los Profesores mostrar esa clarísima pureza, comenzando por las religiosas, pasando por las morales y concluyendo por las del trato y comunicacion sociales.

Porque ha de notarse que la ilustracion difundida en las clases recae sobre la educacion doméstica que empieza en los brazos de la madre y concluye en la Universidad: y los jóvenes van recorriendo las áulas en diversas edades y sucesivo desarrollo. La religion y la moral deben brillar siempre en los lábios del Profesor, que á cada instante puede encontrar en las explicaciones más áridas demostraciones de su importancia y de la aplicacion de alguno de sus dogmas y de sus preceptos. Sin la virtud, inútil y aun peligrosa es la sabiduría (dado que pueda haber ciencia sin

virtud,) y á la familia y á la Ciudad y al Estado importa mucho que al educar la inteligencia no se inficione el corazon.

Por eso el Profesorado no huye, sino busca el trato y comunicacion con sus discípulos y los alienta en el estudio, y los ilustra resolviendo sus dudas, y los une en el verdadero amor á la ciencia, arrancando la cizaña de la soberbia y de la envidia y dejando crecer la noble emulacion que les permite mútua ayuda en los duros combates de su existencia. Por eso no rompe con la educacion familiar; por eso busca con fruto su autoridad para remediar los efectos de la juvenil ligereza.

La forma de la explicacion es como el vaso de la ciencia que se comunica: natural es, pues, el empeño de que las explicaciones sean claras y expresadas con notable gusto y sencillez. El ánimo ama siempre la verdad; pero la recibe con mayor deléite y de ella se apodera con más entusiasmo, cuando se le ofrece con las galas del buen decir y con la impresion de las comparaciones y de los contrastes.

Y no haya temor de que esta descripcion aparezca exagerada, que bien sabemos todos que no lo es y que las tradiciones fueron el verdadero óbolo que esta Universidad llevó á la reforma, distinguiéndose cuando la empezó, y conservándolo durante largos períodos de inolvidable recuerdo.

La semilla arrojada desde los tiempos del reformador Olavide y cultivada por Fuertes, Prieto, Vargas, Márquez, Gonzalez Carvajal, Iraldez de Acosta, Inguanzo, Morales, Maestre, Reinoso, Lora, Bravo Murillo, Lista, Alava, Fernandez-Espino, Gutierrez Laborde y otros mu-

chos que aun viven y callo, por no ofender su modestia, ha fructificado y se ostenta frondosa, cultivada tambien por los que de otra parte, y para mayor lustre han venido á aumentar el cuerpo docente y á fraternizar con nosotros.

Contábamos tambien con biblioteca numerosa, debida á la solicitud de nuestros cláustros y al patriotismo de unos cuantos jóvenes, que, animados de vivo amor á nuestra madre, habian consagrado con afanoso empeño su inteligencia y su tiempo á ordenar las muchas obras adquiridas en la supresion de los conventos y otras casas de enseñanza. Entre esos jóvenes, vivos aun muchos de ellos, descollaba, como aplicado Director de los trabajos, un Sacerdote ilustre, á quien su mérito y virtud llevaron á ocupar las más altas dignidades de la Iglesia. Séame permitido este recuerdo de gratitud al malogrado Cardenal Puente.

Pero si en las ciencias exactas y en las esperimentales solo podíamos ofrecer un digno Profesorado, nada poseíamos en la parte material; ni máquinas, ni jardines, ni aun ejemplares existian y vano era el esfuerzo de los que regían la Escuela, prevenidos, enseñados é inducidos por nuestro ilustre Martin Villa.

La organizacion dada por S. M. en 1845 á los estudios tendió á llenar estos inmensos vacíos; y dotando las Universidades de recursos propios, si nó con prodigalidad, segun consentian los graves apuros de la administracion, abrió ancho campo al estudio de todas las ciencias, cuya generalizacion habrá de llevar en pós de sí las fuerzas individuales ilustradas.

El gobierno y régimen de la enseñanza no podía ménos

de guardar exacta relacion con el principio político que entonces imperaba; necesidad constante de todos los tiempos: las ciencias se ayudan las unas á las otras, encadenadas con fuerte lazo más ó ménos visible: acaso nosotros habriamos deseado ménos centralizacion, quizá habríamos preferido más relacion de mando entre los Rectores y Cláustros; acaso, en fin, hubiéramos aislado mucho más nuestra propia autonomía; pero la centralizacion, absorviéndolo todo, pudo distribuir medios materiares con los cuales nunca de otro modo hubiéramos podido contar; y si no han llegado á su apogeo, si aun queda mucho que desear, porque en la parte experimental y mecánica, el progreso es rapidísimo, por lo ménos seguimos su vuelo, demostrándolo así el estado de nuestros gabinetes, sobre cuya base se van extendiendo nuestras conquistas y nuestras riquezas. El impulso dado á la enseñanza desde la educacion primaria hasta la superior es pasmoso. No hay ni ciencia ni arte en que no puedan saciar su sed de aprender los que á ellos intenten dedicarse, y las divisiones adoptadas respecto á los estudios favorecen y desarrollan la prudente libertad, y la ciencia se ha difundido y el empeño en adquirirla ha progresado, y el Municipio y la Provincia, convencidos cada vez más de su importancia, no solo conservan lo existente, sino se preocupan de nuevos adelantos y procuran llenar el vacío, estableciendo escuelas, costeando Facultades y pensando en la propagacion de nuevos é importantes conocimientos.

Todo se debió á la iniciativa de la excelsa Reina, que logró ese hermoso esmalte para su corona. La mejora de

los edificios, la creacion de los gabinetes y jardines, la adquisicion de máquinas, el órden y riqueza de las bibliotecas, todo fué debido á la Ley y á la reforma iniciada al principio de su glorioso reinado. ¡Ah! si los Reyes fuesen juzgados con imparcialidad y comparando cómo recibieron y cómo devuelven sus estados, pocos podrian contarse como el de tan Augusta Señora.

Nosotros, amados compañeros, somos los más obligados por la gratitud y no habrá mejor modo de responder á los beneficios recibidos, que conservando y trasmitiendo íntegro el depósito de esos principios y tradiciones, guardados con tanto celo y acierto por nuestros inolvidables predecesores, comunicados y aconsejados por los varones ilustres que he conmemorado y singularmente por nuestro Rector Don Antonio Martin Villa.

Y vosotros, jóvenes estudiosos, que con tan ventajosos auspicios penetrais en el Santuario de las Ciencias, vosotros, esperanza de la Pátria, imitad tan insignes Maestros, atended sus sábias lecciones, seguid sus virtuosos ejemplos y corresponded de esta suerte dignamente á las justas aspiraciones de la Nacion y de vuestra Madre la Universidad.- Ante Dios y ante ella sereis responsables, si con tan abundantes medios no las elevais sobre su actual estado, y no dais dias de gloria á las Ciencias y á nuestra amada España, tan digna de recobrar el alto renombre que ya se conquistó en tiempos mas venturosos.

HE DICHO.